

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

EL «DON ALVARO»

La actitud de la crítica

III

MARTÍNEZ VILLEGAS, 1854.—¿Por qué Martínez Villergas parece que está fuera de la literatura? Siempre este escritor nos ha producido la impresión de que no se le consideraba como escritor. Su agresividad continua le hizo ser malquisto de todos; y la posteridad, al menos en parte, la fabrican los coetáneos. Hoy, por ejemplo, en Francia, ¿quién duda de que León Bloy es un verdadero escritor, con todas las condiciones—inspiración, facultad, inventiva, color y calor—de los buenos escritores? Y sin embargo... En 1854 se publicó por la librería Rosa y Bourel, de París, un libro de Martínez Villergas titulado *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*. La obra es rara; no se ha vuelto a imprimir. Pero valdría la pena de que algún editor la sacase de nuevo a luz. Hay en ella juicios interesantes sobre la literatura española de mediados del siglo XIX. Véase, v. gr. las siguientes palabras en el estudio dedicado a Zorrilla: «... frases incomprensibles, exageración y falta de verdad en los pensamientos, versos duros, flojos y arrastrados, falta de orden, de conexión y de enlace entre las ideas; y ninguna deja impresión dominante en el alma; por la sencilla razón de que nunca Zorrilla ha pensado caminar a otro fin que al de aturdir al vulgo con su incoherente y eterna palabrería».

Vengamos a Rivas. Según Villergas, Rivas es «hombre de poca imaginación». El crítico añade: «Generalmente las obras del señor duque revelan un poeta lírico en sus detalles...» (Exacto, muy exacto). «... pero carecen de ese enlace y desenlace, de ese orden en el plan, en fin, de esa armazón tan necesaria para constituir ese conjunto en que el arte debe ayudar a la imaginación». Como se vé, el reproche sigue siendo el mismo que antes; casi únicamente, ha sido formulado por la crítica: incapacidad de coordinación, impotencia para una creación elevada, robusta y coherente. En cambio, verdad y color en el detalle. Villergas, ocupándose ya concretamente del *Don Alvaro*, escribe algo que queremos reproducir fielmente. Una de las primeras obras del duque de Rivas fué el *Don Alvaro*. «Una de sus primeras obras fué el famoso drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, composición que nadie recuerda hoy». Hoy, en 1854. En efecto, la obra de Rivas parece haber tenido un eclipse hacia mediados del siglo XIX. Será menester que pasen algunos años para que se vuelva a hablar de ella. ¿Cuándo y por qué resurge el *Don Alvaro*? La pregunta se contesta estampando dos nombres: Echegaray, Rafael Calvo. El neorromanticismo de Echegaray hace volver la vista hacia el primitivo romanticismo. Rafael Calvo, intérprete genial del teatro clásico español, vocalizador maravilloso de versos románticos, había forzosamente de fijarse en la obra de Rivas. A Calvo y Echegaray se debe el renacimiento del *Don Alvaro*... y de otras muchas obras olvidadas injustamente. «Una de sus primeras obras fué el famoso drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, composición que nadie recuerda hoy—escribe Villergas—y que en aquellos tiempos no hubiera el autor cambiado por muchas de las mejores obras del teatro antiguo». (Y hubiera hecho muy bien). Tomando el romanticismo como desorden, confusión, caos, el *Don Alvaro*—sigue opinando Villergas—puede colocarse como modelo de obra romántica. «Difícilmente producirá el entendimiento humano cosa más excéntrica que dicho drama».

Pero si el drama es estrafalario, en cambio... no tiene nada de original. «En cambio el asunto, que se reduce casi, y sin casi, al desarrollo de un carácter dramático, no tiene siquiera para su disculpa el prestigio de la novedad: es una pobre reproducción de Don Juan Tenorio, de ese magnífico tipo creado por Tirso de Molina, y que Byron y Mozart han inmortalizado». Sin embargo—añade Villergas—la obra de Rivas podrá ser una parodia, pero no un plagio. (Poca diferencia va en demérito de una cosa a otra. No debió de agradecer mucho Rivas tal distinguido). Y ¿por qué *Don Alvaro* no es un plagio? ¡Ah! Por que Rivas «sino el talento, tiene la conciencia de los poetas que saben estimarse como hombres». (¡Ay de mí—podría exclamar el duque.—¿Qué me importa la conciencia sino tengo el talento? Con la conciencia no se hacen los versos»). En cambio Zorrilla... Aquí está otra vez Villergas a la greña con Zorrilla. Villergas es el aguafiestas de Zorrilla. «No puede decirse otro tanto de Zorrilla, el cual, no contento con escribir un *Don Juan Tenorio* que es también una miserable parodia, ha tenido la debilidad de apropiarse todo lo más notable que ha encontrado en los autores que le han precedido...» (Lo cual no es reprehensible si, al hacerlo, ha creado algo que no era esos autores). «Y para que no se diga que hablo al aire, re-

mito a mis lectores a la escena cuarta del acto tercero de *Don Juan de Marana* que dió a luz en sus primeros tiempos Alejandro Dumas, que por cierto es una escena muy buena, la cual está traducida al pie de la letra en el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla». Pero nuestro objeto era el *Don Alvaro*, y ya queda consignado el juicio de Villergas, en 1854.

CAÑETE, 1881.—Cañete: un viejecito pulcro, afeitado y con un bastoncito. Cañete: la crítica decenal en la *Ilustración Española y Americana*. Cañete: Real Academia de la lengua. Cañete: rechifa de los autores noveles, indignación de los novadores, protesta de Clarín que no puede comprender como este hombre es la autoridad suprema en la crítica dramática—en tanto que él... Sin embargo, en Cañete, como en casi todos los críticos conservadores, hay algo bueno: su oposición a la innovación que no es tal innovación, sino impulso vacío y declamador, gesto vacío y retórico. Bien es verdad que, oponiéndose a estos críticos en general y sistemáticamente a todo lo nuevo, forzosamente ha de entrar dentro del radio de esta resistencia tanto lo nuevo fecundo y bueno como lo nuevo falso y nocivo. Cañete marca el resurgimiento del *Don Alvaro*. En 1881 escribe Cañete el estudio sobre Rivas que figura en la antología de dramaturgos castellanos modernos formada por Novo y Colson. Habla Cañete del efecto que el *Don Alvaro* produjo en el público cuando se estrenó y dice: «El efecto que causó en el público esta obra fué verdaderamente extraordinario. Los secuaces de la escuela francesa, posesionada a la sazón del teatro, recibieronla con verdadero estupor». (No tanto, no tanto). «La inmensa mayoría de los espectadores, se sintió arrastrada y seducida por la grandeza y variedad de tan imponente cuadro». (No, querido don Manuel; no hubo nada de eso. La verdad es que, por unas u otras causas, todos quedaron disgustados).

Cañete entra luego en la psicología de la obra y dice cosas que no entendemos bien. «Las malandanzas de los personajes se deben, no á fatal predestinación, sino al mal uso que hacen de las pasiones en el libre ejercicio de sus facultades morales». (Y ¿porqué hacen ese mal uso? Es decir ¿porqué existen esas pasiones de que hacen mal uso? Porque Cañete da por sentado que esas pasiones existen). ¡Infelices personajes que hacen mal uso de esas pasiones! «Regularánlas—añade Cañete—con arreglo á principios sanos y pronto quedaría rota la cadena de esa aparente fatalidad, pronto caería deshecho el fantasma de la fuerza del sino». (Y claro que tampoco habría drama. Familiarmente podemos decir que lo que Cañete pretende aquí es... que se ase la manteca).

El *Don Alvaro*—según don Manuel—ha colocado al Duque de Rivas «en las cumbres de la poesía, poniéndole al nivel de los mayores dramáticos de la antigüedad y de los tiempos modernos». Nada menos, es decir, Rivas al nivel de Sófocles, de Eurípides, de Shakespeare, de Voltaire. Bien es verdad que don Manuel, más adelante, hablando de los romances de Saavedra *El sombrero* y *La vuelta deseada* dice que son «historias de cemento melancólicas». Y no ha hecho Rivas nada más honrada y desgraciadamente trágico que esos romances. ¡Cuidado con la dulzura!

AZORIN

Cotidianas

No puede negarse que poco á poco nos vamos convenciendo de la primordial importancia de las cuestiones económicas y de su prelación sobre las políticas en el atinado gobierno de los pueblos, cuando por cuestiones políticas se entienden los cabalidos de ex ministros, los contoneos de excelencias y los palabreos del hacer que hacemos que nada hacemos.

No sé quién atribuyó génesis económica á la revolución francesa; pero algo de verdad debe de haber en este atributo, si tenemos en cuenta que donde no hay harina todo es molina y que no puede haber harina donde los trigos suben, suben, se ecaraman y se elevan hasta granearse con las nubes, dejando burladas á las ruedas de molino, cuya velocidad sólo tiene reparo en el comulgatorio de quienes se cueñan las declaraciones ministeriales.

Los que no obstante su conformidad con las zonas neutrales y demás reformas económicas, cuya petición parece vicio, se abstuvieron de manifestarse públicamente, alegaron para coonestar la abstención, que ya está presentado á las Cortes el correspondiente proyecto de ley; pero si husmedáramos en los archivos parlamentarios, nos pasaría el número de proyectos que no pasaron de tales, como fetos legislativos que murieron antes de recibir la vida. Esto mismo le sucederá al proyecto ministerial.

Un aborto más... ¿qué importa al mundo político?

Entretanto, los enemigos de las zonas neutrales y de las reformas económicas, los que con mayor pesadumbre dejan caer su matonismo político sobre la endeble voluntad de un gobierno de hojaldré, mantienen arrojo con las cadenas de la usura al labriego castellano, en una servidumbre peor que la de la gleba, cuidando astutamente de no dar la cara, de valerse de testarrosos, de hombres de paja, mientras ellos se quedan inócuamente con el trigo.

Si el público supiese, que no lo sabrá, porque estas cosas no pueden decirse en público, que entre los representantes del país de los hados hay quienes prestan ciento por marzo

para cobrar ciento treinta en junio ó quedarse con la cosecha en las trojes, exclamaría: ¡ahora lo comprendo todo!, como en las comedias de enredo infantil, con la desventaja para el público de que aquí no se trata de niñerías, sino de otras cosas cuyo calificativo encontrará quien lo busque en el diccionario.

«Ven ustedes ese caballero finísimo, afable, correcto, impecablemente vestido, con pechera cuya blancura envidiarían los brazos de Anitra y brillantes cuyo fulgor recuerda el del sol al herir las aguas de marina? Pues ahí donde ustedes lo ven, tan peripuesto y atildado, no sabe más que tronar contra el egoísmo de los catalanes y hundir en los silos todo el grano de veinte kilómetros á la redonda, dándosele un morabatin de las juntas de subsistencias».

Con tan sapientísimo ordenamiento de economía agrícola, no es extraño que las familias cuyo jefe vive de su trabajo, hayan de recurrir por mano del ama de casa al famoso plato de ternera sin ternera, para regodeo de sus comensales. El alza de las subsistencias, si es que algo queda todavía subsistente en los retablos ministeriales, ha sido en estos últimos meses tan gradual y sigilosa, céntimo por céntimo y perra por perra, que no ha determinado bruscos cambios de temperatura en los bolsillos hasta que la inocente ternera dió de pronto una embestida, cuyo ímpetu ha hecho volver de su apoteosis á la junta de subsistencias».

Supongo que á estas horas ya habrán dado los señores de la junta con la solución del problema; pero en caso de que todavía lo tengan en estudio y no sepan despejar la incógnita tan fácilmente como la policía despeja las calles en días de tumulto, les recomiendo que recurran á los profundos conocimientos económicos, ó económicos conocimientos de mi entrañable amigo Miquelín, cuyo entusiasmo por las subsistencias le sugirió la refulgente idea de lanzar al mercado su abundante cosecha de granos faciales, en la seguridad de que al punto bajarían los trigos como si la escuadra inglesa hubiese forzado los Dardanelos.

ALFENIQUE

DE MI COSECHA

Diálogos de actualidad

—Hombre, á propósito: usted que es católico...

—Y apostólico y romano.

—Precisamente por esto. ¿Cómo me explica usted que sean tantos los católicos que desean el triunfo de los imperios centrales, sabiendo que su triunfo significa el de los turcos? Es lo que nos faltaba que ver: ¡que suspiren por el triunfo de la Media Luna!

—La contestación es larguita; pero si quiere usted que se la resuma en dos palabras, ahí van. ¿Podría usted decirme quién enarbola la Cruz en este combate con la Media Luna?

—Sin embargo, se trata de naciones cristianas...

—Pero no combaten como á tales, y además el triunfo de Turquía en esta guerra no significaría el triunfo del mahometismo. El mahometismo murió hace muchos siglos y no volverá á levantar cabeza. A los católicos nos tiene tan sin cuidado el mahometismo como el protestantismo: este ha muerto ya como aquél y bastante harán uno y otro con sostenerse en su propia casa. Muerta la civilización á que dió lugar aquél y sin lugar la protesta de que nació el otro, uno y otro viven en el vacío, y sin aire respirable se acaba por morir. De modo que á los católicos no nos quita el sueño la Media Luna. Otro es el enemigo. ¿Me entiende usted?

—Pero no me negará usted que de afirmarse el islamismo en donde está á desaparecer, va gran trecho.

—No señor, no va ningún trecho. Inglaterra, Francia, Italia y aun España tienen posesiones y colonias mahometanas. Como la consigna es respetar la religión de los naturales y aun edificarles y regalarles mezquitas y escuelas donde se enseña el Corán—así los tienen más sujetos—lo mismo da que sean mahometanos bajo el poder del Gran Turco que del Archipiépmano de las Indias. Para la civilización moderna son iguales todas las religiones. De modo que no me vuelva usted á mentar la Media Luna con ese tonillo de chunga.

—No lo tome usted á mal.

—No, si no lo tomo á mal; pero es que ustedes, los señores avanzados y más ó menos intelectuales, no se toman la molestia de raciocinar. Lo mismo les ocurre con el protestantismo de Alemania, como si Inglaterra no fuera protestante, Rusia cismática, Francia oficialmente incrédula... De los Estados hablo y los pueblos van por donde les llevan los Estados. A cada momento nos hablan de Lutero y se olvidan de Calvino y de Enrique VIII... El principal defecto de ustedes, los avanzados é intelectuales, es haber acaparado todas las filosofías y haber olvidado la historia.

—En el caso de Bélgica y el de Grecia no hay paridad.

—Claro que no. Los alemanes en Bélgica pidieron permiso para pasar y no se lo dieron, se lo tomaron. En el caso de Grecia los aliados no han pedido permiso: se lo han tomado; pero la diferencia es poca: unos y otros han atropellado un derecho...

—Puen entonces ¿dónde ve usted la diferencia para que no haya paridad?

—En la actitud de los atropellados: los

griegos protestan y ceden ante la fuerza, exactamente igual que ocurrió en el Ducado de Luxemburgo, y no pasa nada. Los belgas quisieron cerrar el paso á los invasores. El atropello es igual: la diferencia está en las consecuencias que ha tenido el acto.

—¡Si hablaran las cancillerías y quisieran decir la verdad unas y otras!

—Pero como no hablan, nosotros tenemos que juzgar por los hechos y el hecho es que ante la necesidad no hay ley ni derecho que valgan, y nosotros, los españoles, debiéramos poner las basras en remojo al ver cómo rasuran las de los vecinos. Hace poco más de un siglo, ocurrió en nuestra casa algo parecido á lo de Grecia y lo de Bélgica á la vez. Como teníamos un pedazo de Inglaterra clavado en nuestro flanco, como ahora,—me refiero á Portugal—é Inglaterra estaba en guerra con Francia, Francia, ó sea Napoleón, nos dió permiso para ir á combatir al inglés, se lo dimos y luego quiso ser el amo en nuestra casa. Hicimos como en el Luxemburgo para que entrase y como Bélgica para que saliese... No; hicimos más y perdonen los admiradores de Bélgica, pues no hay derecho en España para admirarse de lo que ha hecho Bélgica: no ha hecho más que empezar á imitarnos. No sabemos lo que hará al fin Grecia. Pero sea de ello lo que fuere, el asunto está en que el caso puede repetirse, porque ya se ve que el respeto á la neutralidad es letra muerta para unos y para los otros y las lecciones que está dando la guerra son de las que no deben olvidarse.

—¿Quién había de pensar que estas cosas ocurrieran en el siglo XX, el del Templo de la Paz!

—Por ilusos que hemos sido, por creer á los ideólogos y no considerar que las naciones viven una vida tan real como la de los individuos, por esto. Por creer que los Estados se rigen por otra ley que la de sus intereses; por no ver claramente que en un mundo armado hasta los dientes el sueño de la paz perpetua era eso: un sueño... Al contrario: antiguamente, antes de atacarse las naciones solían declararse la guerra y aun se daban tiempo para prepararse. Ahora, acuérdesse usted del Japón en Port-Arthur y de Italia en la conquista de Trípoli... Mire usted si hemos avanzado por el camino del derecho y de la paz.

—¿Y no habían ocurrido nunca cosas así?

—Sí; pero no llegaban á formar doctrina, como ahora... Una vez el gobierno de Inglaterra se excusó ante el Parlamento, como el año pasado el canciller alemán en el Reichstag, por una cosa algo dura... ¿Es usted anglófilo?

—Ni sí ni no. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque sentiría ofenderle. Hoy día no tiene uno libertad ni aun para hablar de la historia... Bueno, pues si le permite usted, le diré que en plena paz y sin duda para responder á los procedimientos atrabiliarios de Napoleón, la escuadra inglesa, sin previo aviso ni declaración de guerra, bombardeó á Copenhague, empezando el día 2 de septiembre de 1807 y acabando el día 5. Apresó la escuadra dinamarquesa y ardiéron 400 casas, 2.000 quedaron destruidas y murieron 3.000 pacíficos habitantes... Entonces sonó ya en el Parlamento inglés algo parecido á eso de que la necesidad ó más bien la conservación del Estado no admite razones, y, según he visto en un libro francés, hace pocos días, no han sido los políticos alemanes los primeros que han llamado á los tratados «bataillades de papel», sino el canciller ruso Gortschakof, quien hace muchos años decía que *le droit écrit fondé sur les traités n'avait pas conservé la même sanction morale qu'il avait pu avoir en d'autre temps*. Esto lo dijo cuando para borrar los efectos de la guerra de Crimea impuso la revisión del tratado de París.

—¿Quiere usted que le diga una cosa?

—A ver, diga usted.

—Que me parece usted algo germanófilo.

—Le diré á usted: yo soy hispanófilo y nada más; pero hay cosas que me sublevan. Eso de Alemania,—como quieren darnos á entender sus enemigos y los admiradores incondicionales de sus enemigos,—sea el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno, pasa ya de la medida. En punto á las violencias de la guerra, no hay nación alguna que pueda tirar á los alemanes la primera piedra y mal español sería el que hubiese olvidado las que hemos tenido que sufrir nosotros y no precisamente de Alemania. Así es que juzgo una hipocresía insigne acusarla por lo que han hecho todos cuando se ha terciado la ocasión y lo que volverían á hacer el día en que se tercié. Y lo que digo es que los alemanes, inventores de tantas cosas, no han inventado la violencia, la crueldad y el horror de la guerra, y cuando se han visto en el caso de someter á un pueblo que no quería someterse, han obrado exactamente igual que los demás que se han hallado en este mismo caso. Yo no defiendo esas violencias; pero no tienen derecho las demás naciones á echarles encima esa oleada de infamia con que han querido hacerles odiosos á todos los pueblos de la tierra...

—De todos modos usted cree lo que se les atribuye en Bélgica...

—Ni lo creo ni dejo de creerlo. Lo que